

SALONICA, LA CAPITAL SEFARDI DE LOS BALCANES

Ricardo Angoso

No es la primera vez que nos venden.
Lo hicieron antes, años atrás, en otros siglos,
Cuando nos malvedieron a los persas
Aun así sobrevivimos, resistimos esclavitudes y saqueos.

Sobrellevamos la sequía y la langosta.
Somos griegos, no esperamos nada.
Ahora nos arrojaron a los turcos,
La sangre regó la tierra con derroche
Y encadenaron poderosamente al Pentadáktilos.

Somos griegos, no esperamos nada,
Nada de Atenas, somos griegos,
Griegos del tiempo amargo
Y de la desesperación.

Mijalis Pashiardís, poeta griego.

La mítica Salónica-en griego Thessaloniki- fue tierra de acogida y refugio tras el brutal destierro impuesto a los judíos por los Reyes Católicos allá por el año 1492. Los sefardíes desterrados, humillados en lo más hondo de su ser, llegaban sin nada, con apenas con lo puesto, y fueron capaces de construir, casi reconstruir, un nuevo mundo, más justo, más tolerante y en donde lo religioso no fuera una frontera sino un sueño donde hacer posible todos los sueños. La tolerante Salónica, abierta, cosmopolita y alegre. También judía, cristiana y musulmana. Durante años, esta bella ciudad griega vivió la dominación otomana y después, como fruto de una historia plagada de sangrientos episodios, pasó a ser la segunda ciudad de una Grecia que echaba a andar en la escena europea tras siglos de luchas a garrotazos, guerras, terremotos y todo tipo de infortunios.

Pero también Salónica es conocida porque en ella nació el máximo líder turco del siglo pasado, Mustafá Kemal Atatürk, quien residió en esta ciudad junto con sus progenitores durante algunos años y donde inició sus primeros estudios. Más tarde, la ciudad tendría un protagonismo macabro e inesperado: los nazis ocuparon Salónica y la comunidad judía fue expulsada hacia los campos de concentración, donde se topaban con todo un rosario de humillación, sufrimiento y muerte. De un solo golpe, como un manotazo homicida, la rica vida judía fue ahogada para siempre. Luego llegó la victoria de los aliados, que en muy poco ayudaría ya a los judíos, la interminable y cruenta guerra civil griega y el despegue de una ciudad anclada entre la tradición griega y mediterránea y un dinamismo en lo comercial que iba por delante de sus posibilidades reales.

De la mitificada Salónica hasta nuestros días

“Y su nombre Zesaloniki”, dijo el rey griego Filipo al tener que dar uno a su primera hija. Más tarde, y ya enfrascados en las disputas y guerras balcánicas, un general de Alejandro Magno y posterior sucesor de este conquistador, Casandro, se casaría con la princesa hija de Filipo y daría su nombre a la ciudad recién fundada. La urbe, cuentan las crónicas históricas, fue construida en los años 316 y 317 a.C..

Luego llegaría Pablo, el considerado apóstol del mundo, quien predicaría baldíamente por estas tierras el cristianismo y se desengañaría de la escasa fe de los griegos. Unos siglos después, en el año 300 d.C., el emperador romano Demetrio convertirá a Salónica en su residencia oficial. Tres años más tarde, un oficial romano, Demetrio, sería martirizado por su fe cristiana, convirtiéndose así en el santo patrón de la ciudad. A la época de dominación romana le seguiría la riqueza y gloria propias del período bizantino.

De la misma forma que ocurrió en todo el espacio balcánico, la ciudad de Salónica fue pasto de los ávidos conquistadores que soñaron con conquistar y dominar a la vieja Grecia. Por el territorio griego pasaron los eslavos, los avaros, los sarracenos, los normandos, los catalanes y, cómo no, los nunca deseados vecinos turcos. Pero siempre, a pesar de cada conquista, de cada guerra, de cada batalla, Salónica permanecía en pie, impenetrable ante las inclemencias políticas e históricas.

A toda esta historia plagada de episodios heroicos y conflictos, se refería el periodista John Reed, quien escribiría en 1915: “Aquí botó Alejandro su flota. Salónica ha sido una ciudad bizantina más pequeña que Constantinopla, y el último eslabón de aquel romántico reino latino, donde los últimos cruzados se aferraban desesperadamente en retener el Oriente que habían ganado y perdido. Sarracenos, francos, griegos, albaneses, romanos, normandos, lombardos, venecianos, fenicios y turcos se sucedieron como gobernantes, y san Pablo abrumó con sus visitas y sus epístolas. Austria casi ganó a Salónica en plena Segunda Guerra de los Balcanes; Serbia y Grecia rompieron la alianza de los Balcanes para retenerla, y Bulgaria se lanzó a una guerra desastrosa para ganarla. Salónica es una ciudad de ninguna nación y de todas las naciones”.

El Mediterráneo, visto como un gran mar o Mare Nostrum, que decían los griegos y después acuñaron los romanos, era el puente a través del cual se deslizaban los pueblos conquistadores para expandir sus imperios o patrias respectivas. Este mar, tan ligado a los Balcanes y más concretamente a Grecia y a Turquía, sirvió para que las ciudades abrieran sus mercados, construyeran grandes puertos, mandaran fuerzas navales para la conquista de otros pueblos y, en definitiva, para proyectarse hacia el exterior. Siempre se ha dicho que las ciudades marítimas, que las zonas de costa, poseen otro espíritu. En Salónica, este espíritu, esta presencia multicultural y cosmopolita secular, se palpa y respira en cada esquina.

Esta lucha entre el Oriente y el Occidente a la que se refería Reed en esta zona del mundo, y más concretamente en los Balcanes, era explicada de una forma sintética por el escritor croata Pedrag Matvejevic, quien en su Breviario mediterráneo llega a afirmar: “Los conflictos entre el mundo latino y el bizantino, al igual que entre las Iglesias de Oriente y Occidente, paralizaron el desarrollo de los Balcanes ya antes de la época turca. La historia impidió que los eslavos realizaran una síntesis de todas las creaciones que allí habían surgido. En este ámbito, la costa mediterránea se quebró y dispersó. “En cualquier punto está presente la división de Oriente a Occidente”, escribió Leonardo en su cuaderno”. Salónica es la más clara demostración de esta tesis.

La ciudad se vio envuelta siempre en las grandes luchas de los poderes extranjeros por dominar el Mediterráneo. En el año 27 a.C., Salónica, al igual que el resto de Grecia, cae en manos del Imperio Romano, presencia que ya no se interrumpiría hasta el año 395 d.C., momento en que la suerte de Grecia queda sellada tras la consabida división en dos imperios de las tierras que hasta entonces habían dependido de Roma. Desde el año 395 d.C. hasta el siglo IX las tierras griegas padecen lo que se denomina como la “época oscura”, una serie de incursiones, invasiones e infortunios de toda

índole que se suceden sin pausa. Del siglo IX hasta el siglo XIV, en que definitivamente Grecia quedaría bajo la égida turca, las incursiones y la inestabilidad política serían la tónica dominante.

Y e Salónica, como ocurre con casi todas las urbes griegas, posee ricos testimonios de todo este pasado plagado de grandezas y miserias. De la época romana nos quedan los ricos mosaicos de la Kamara y al Rotonda, con bellas representaciones y retratos coloristas, el Palacio de Galerio, del año 300 d.C., el Agora romana, el Teatro, el Arco de Galerio –que fue construido para celebrar la victoria contra los persas en el año 297 d.C.–, los baños romanos y el Ninfeo, una elegante y circular edificación en donde se ha construido en una de sus cisternas la bella iglesia de san Ioanis Pródromos.

De las iglesias de Salónica del período bizantino, hay que reseñar varias: la de Santa Sofía, una iglesia de estilo de transición de la basílica con cúpula a la de planta de cruz griega con cúpula y espléndidos mosaicos en su interior; la paleocristiana de Ajiropíitos, del siglo V d.C., con mosaicos de sorprendente belleza y armonía de colores, y Osios David o Monasterio Latomu, conocida por su famoso mosaico de la Gloria del Señor o La Visión de Ezequiel, lugares todos ellos de obligado recorrido a esta Salónica plagada de iglesias, conventos y restos antiguos. No olvidemos citar otros nombres, que no por ser más modestos en sus formas escapan a la belleza bizantina: Osios David, Santo Apostoli –de planta de cruz griega, con rica decoración, mosaicos y frescos de la época de Peleógos–; San Nikolao Orfanós –del siglo XIV, con abundantes frescos y dependientes del Monasterio de Vlatadon–; Profeta Elías –construida en el año 1360 por el monje Makarios sobre las ruinas de un palacio bizantino–; San Ekaterini –muy bien conservada en su exterior y con algunos restos de sus frescos–; Monasterio Vlatadon; San Dimitrios –levantada sobre unos baños romanos y adornada con mosaicos para después ser rehabilitada en 1948–, y Panayakia Jalkeon, fantástica iglesia de planta de cruz griega que fue construida, según una inscripción que se conserva en su interior, en el año 1028 de nuestra era y que posee una hermosa decoración cerámica y extraordinarios mosaicos.

Finalmente, en un itinerario por este pasado bizantino no debe faltar una visita a sus famosas Murallas, plagadas de torretas y restos varios, que fueron construidas durante el reinado de Teodosio el Grande y rodeaban toda la ciudad. Según reza un folleto entregado en la Oficina de Turismo Griego, Salónica “con sus cincuenta y siete iglesias y los cuarenta monasterios y dependencias monasteriales, con los suelos de mosaico de sus iglesias y los ángeles que tocan las trompetas en los cielos, da su propia riqueza”. Una riqueza desconocida, seguramente, en tanto y cuanto el turista suele llegar en contados casos hasta Salónica y, desde luego, los folletos editados por el Gobierno heleno no ayudan en mucho a su conocimiento.

Dominación romana y presencia judía

Sin embargo, pese a la dominación romana con todo su legado y al esplendor propio de la era bizantina, plagada de oscuros avatares y cruentas invasiones, cuando la ciudad llegó a su máximo esplendor fue en el siglo XV, momento en el cual comienza la llegada masiva de hebreos expulsados primero de España y después de casi toda Europa. De la presencia judía en esta ciudad nos da buena cuenta Robert Kaplan: “Los primeros judíos llegaron a Salónica en el año 140 a.C. En el año 53, san Pablo –Rabí Saul de Tarso– predicó en el Etz Haim (“El árbol de la Vida”), la sinagoga, tres sábados consecutivos. Los judíos de Hungría y Alemania se instalaron en el año 1376. Tras la conquista de Salónica por los turcos otomanos, veinte mil judíos de España obtuvieron autorización para establecerse allí en 1492, transformando radicalmente la cultura y el carácter de la

ciudad. En el año 1493 arribaron judíos de Sicilia. Desde 1495 hasta 1497, una vez que la Inquisición se impuso en España y Portugal, llegaron los judíos procedentes de Portugal”.

Este peso de lo judío, de lo sefardí en la ciudad, que arranca en el siglo XV y se extiende hasta la Segunda Guerra Mundial, en que el Holocausto interrumpe para siempre esta presencia y esencia judía, condicionó y caracterizó la vida de Salónica durante siglos. La indiscutible tolerancia otomana hacia las otras confesiones religiosas posibilitó la llegada de miles de judíos de todas las partes de Europa, desde las ya citadas Portugal y España hasta los lugares donde fueron expulsados con posterioridad, como Baviera y los reinos españoles del sur de Italia.

Los turcos, que habían conquistado Salónica por primera vez en el 1349, permitieron a los judíos recién llegados –“Portuguezim”, los que venían de Portugal, y “Sepharadim”, los llegados desde España- asentarse en sus ciudades, comerciar, abrir sus mercados, construir sus sinagogas y, en definitiva, sentirse ciudadanos de una sociedad absolutamente tolerante hacia las otras confesiones religiosas. Más tarde, y después de una serie de reveses en los Balcanes, los turcos se instalarían en Salónica definitivamente en el año 1430, presencia turca que duraría hasta la Primera Guerra Balcánica (1912). El resto de Grecia caería definitivamente bajo dominio turco tras la mítica toma de la ciudad de Constantinopla, en el año 1453.

Esta derrota militar, que será celebrada durante siglos por los otomanos y que determinaría la historia de Europa hasta bien entrado el siglo XX, fue bien contada y recogida por los cronistas de la época. El poeta griego Constantino Kavafis, al referirse a este acontecimiento, señala en uno de sus poemas las semejanzas de la caída de esta ciudad con la toma de Salónica:”He pasado estos días leyendo canciones populares,/canciones que hablan de las hazañas guerreras de los kleftes./ Emocionantes historias; nuestras, griegas./ También he leído canciones llenas de dolor que narran la caída de Constantinopla.”/”Conquistaron Constantinopla, la conquistaron; y tomaron Tesalónica”. /Y al llegar a esos versos que dicen/ “El rey a la izquierda, el Patriarca a la derecha”, /oí la voz que decía/ “Oh sacerdotes, parad de leer esos libros, cerrad los Evangelios”./Conquistaron Constantinopla, la conquistaron; y tomaron Tesalónica”. La mitificada Constantinopla, junto con Salónica, se convierten en los fetiches poéticos de unas realidades mitificadas tras el paso del tiempo y en la añoranza que siente todo griego por ese tiempo teóricamente perdido.

La ciudad, llamada en aquellos años Thessaloniki por los griegos y Selânik por los turcos, se convirtió en uno de los centros urbanos más importantes de los Balcanes. Decenas de mezquitas, junto con sinagogas e iglesias ortodoxas y católicas, se construyeron al calor de ese respeto que emanaba de las costumbres turcas. Según todas las fuentes, en la vieja Selânik o Salónica vivían entre 100.000 y 150.000 judíos de todas las procedencias en el momento de su máximo esplendor.

Después de la caída de la ciudad en manos turcas llegaría lo que griegos denominan como la “larga noche de la dominación otomana”. Pese a todo, y al igual que ocurre en todos los países dominados por los turcos en los Balcanes, el alma, la cultura y la lengua de los helenos encuentran cobijo en las iglesias y monasterios tolerados por sus nuevos ocupantes. La cuestión religiosa tenía un valor secundario en el nuevo Imperio Otomano, aunque la pertenencia a la confesión musulmana permitía el ascenso social y el éxito político. Así fue posible que en muchas partes de los Balcanes, pero sobre todo en Bosnia y Herzegovina, muchos eslavos se convirtieran al Islam con la esperanza de conseguir tierras, lograr puestos y trabajo en la nueva administración y, en definitiva, hacer carrera al lado de los nuevos administradores y guerreros otomanos.

Además, los griegos, que siempre han sido buenos comerciantes y negociantes, muy pronto prosperaron socialmente y se convirtieron en una nueva clase social muy activa y dinámica que se dedicaba a la agricultura, al pequeño comercio y a la artesanía. Los productos griegos se transportaban a los mercados del todo el Mediterráneo y los Balcanes, sin que las autoridades turcas impidiesen en ningún momento el libre comercio y la posibilidad de viajar hacia otros mercados. Conocidas y bien documentadas son las relaciones de la ciudad con casi todos los puertos la Europa de la época.

De este período de la cultura griega bajo la dominación otomana, hay que destacar algunos edificios y monumentos que quedaron como mudos testigos de esta larga época, entre los que debemos reseñar la Torre Blanca –en griego Lefkos Pirgos-, el Museo Etnográfico, que guarda una bella colección que va desde la Grecia del medievo hasta hoy, y varios edificios civiles y religiosos también de estos años de sumisión a la Sublime Puerta. Como ocurre en otras partes de los Balcanes, en la ciudad de Salónica quedan muy pocos monumentos y edificios que recuerden el pasado otomano; el mapa oficial de la ciudad, que entrega la Oficina de Turismo Griego, tan sólo señala la existencia de una sinagoga, una iglesia de culto cristiano armenio, otra de culto ruso y otra católica. Nada de mezquitas ni baños turcos, pese a que un antiguo mapa realizado por los turcos a principios de siglo señala que había, al menos, una decena de mezquitas.

Una nacionalismo ramplón y antiturco borró de la faz de Salónica todas las huellas de un pasado tolerante, culto, abierto y plural. Siguiendo los mismos pasos que sus vecinos búlgaros, macedonios, rumanos y serbios, los griegos se pusieron manos a la obra –es decir al borrado de nombres y calles y a la destrucción de edificios- tras el final de la dominación otomana del suelo griego. Se trata de defender una pureza racial que no tiene nada que ver con la verdadera identidad de los helenos.

Buena muestra de ese espíritu, de esa auténtica identidad helena mixta y caracterizada por el mestizaje, la encontramos en los poemas de ya citado y legendario poeta Kavafis. Este griego, nacido en Alejandría, reivindica una Grecia que bebe de las aguas culturales del Oriente y del Occidente. El helenismo de Kavafis es, ante todo, mestizaje, pluralismo y cosmopolitismo:

No nos conviene a los filósofos, oh Hermiffus,
Comportadnos como algunos de esos reyezuelos nuestros
(recuerda que nos reíamos de ellos
cuando aparecían por nuestros academias)
que a pesar de su llamativo ropaje helénico
o (¡qué palabra!) macedónico,
de vez en cuando no podían ocultar
algún rasgo de Arabia, o de Media, algún matiz,
y con que cómicos artificios pretendían
disimular esos orígenes.

Ah, no será tal nuestro comportamiento.
Esa mediocridad nunca fuera griega.
No nos avergoncemos de llevar sangre egipcia o siria
Corriendo por nuestras venas.
Respetémosla e incluso hagamos alarde de ella.

La identidad y cultura griegas sobrevivieron en estas tierras macedonias bajo el paraguas de la dominación otomana y en un ambiente cosmopolita, plurilingüístico y multireligioso. En *Adiós a Salónica*, un libro británico escrito por León Sciaky, se cuenta la historia de un niño que crecía a finales de la era otomana en una ciudad tranquila y sin grandes conflictos entre sus habitantes. Sciaky se refiere a Salónica como una ciudad de coquetas mezquitas, tejados rojos, pequeños mercados y muros encalados. También destaca que la misma es “la ciudad principal judaica” de Macedonia. En la clase alumnos del protagonista, sigue en su relato Sciaky, tan sólo había un alumno griego y el resto eran mayoritariamente hebreos. Para el autor, buen conocedor de los Balcanes y el alma griega, ésto tan sólo significaba la “integración normal” en el ambiente de la ciudad.

No obstante, en el deseo de los griegos latía desde hace tiempo el anhelo de crear y conformar una gran entidad nacional que agrupase a todos los helenos de la región, desde Constantinopla hasta Atenas pasando por Salónica y las comunidades griegas desperdigadas por Bulgaria y Rumania y las centenares de islas griegas del Egeo. Este resurgimiento de la identidad nacional helena, amparada y animada por las revoluciones nacionales y liberales del siglo XIX, provoca, a comienzos de esta centuria, el primer levantamiento contra los turcos. Este movimiento de emancipación nacional coincide, además, con la grave crisis política y económica del Imperio Otomano, que ya no conseguía cohesionar y gestionar a los pueblos subyugados por los turcos.

La independencia de Grecia es lograda, a sangre y fuego, en el año 1821, contando en su haber con muchos episodios sangrientos y contratiempos. El siglo XIX se asiste al nacimiento de las nuevas naciones en los Balcanes y al final del Imperio Otomano, una ruptura desordenada, violenta y plagada de tensiones e injerencias externas. La ciudad de Salónica, capital sefardí de la nueva Grecia, mientras tanto seguía siendo parte del Imperio Otomano, manteniendo su tradicional convivencia religiosa y étnica, especialmente hacia los judíos.

Paradójicamente, en Salónica nació, en 1881, Mustafá Kemal Atatürk, el gran líder y reformador de la Turquía moderna. Atatürk, que estudió en una escuela primaria en esta ciudad, sirvió después como oficial del ejército turco en Salónica y fue allí donde comenzó sus primeros trabajos para constituir los “jóvenes turcos”, una organización contraria al poder imperial y que pretendía modernizar a Turquía. Tras la pérdida de la ciudad por los turcos, en el año 1913, el máximo líder de los turcos nunca volvería a pisar las calles de Salónica y una buena parte de la comunidad turca vería como era expulsada de sus casas, tierras y negocios para siempre. Comenzaba el dominio heleno de unas tierras que durante siglos habían estado en manos de los turcos.

De las guerras balcánicas a la Salónica moderna

“Antes de las guerras balcánicas y bajo el gobierno otomano el colectivo de judíos españoles de Salónica gozaba de un clima de tolerancia. Las barreras entre las comunidades no existían. Cada «nación»[^] tenía su propia administración interna, sus escuelas, sus clubs, sus propias instituciones de beneficencia, su religión y su lengua; disponían incluso de sus propios barrios. Tal situación de convivencia de grupos étnicos diferentes no era específica de Salónica sino algo habitual en todo el Imperio otomano. En Salónica las zonas de habitat de cada nación estaban delimitadas de manera bastante estricta”, explicaba la experta en asunto sefardíes Matilde Morcillo.

Pero todo cambió de repente, tal como señala la misma Morcillo: “La entrada de las tropas helenas en Salónica el 8 de noviembre de 1912 fue considerada por la comunidad judía como una catástrofe. La población fue saqueada en su totalidad y su hinterland desmembrado. ¿Cuál fue la actitud del

colectivo judío? Desde el 10 de noviembre «L'Indépendant», órgano francófono de dicho colectivo, contrastaba con el entusiasmo de los periódicos griegos e invitaba a los vencedores a moderar su triunfo para no alterar el equilibrio de las comunidades. A pesar de su prudencia y reserva, los judíos mostraban su preferencia por los búlgaros, pensando que en una futura Gran Bulgaria, Salónica conservaría su anterior situación y sería el único gran puerto del Oriente mediterráneo. Es más, los búlgaros no adoptarían posturas antisemitas, mientras que bajo los griegos se temía lo peor”.

En 1913, según los censos de la época, la población de Salónica ascendía a 157.000 personas, de las cuales más de 80.000 eran hebreos; 35.000 turcos y de 10.000 a 15.000 eran domes (judíos convertidos al Islam durante el período otomano) y el resto eran un conjunto de nacionalidades y etnias, desde albaneses y serbios hasta búlgaros y rumanos.

Muy pronto, tras el final de las dos guerras balcánicas, la tensión llegó a la ciudad. En 1913, y después de una serie de ataques antisemitas por parte de los griegos, más de 400 tiendas en manos de los hebreos fueron arrasadas e incendiadas bajo el pretexto de que los judíos habían envenenado el agua de la ciudad. Se trataba del primer y más duro ataque de los griegos contra los hebreos, a los que ya se acusaba abiertamente de haber estado aliados a sus antiguos ocupantes turcos. El tradicional antisemitismo griego, muy parecido al rumano en sus orígenes y radicalismo, estaría presente en la vida política de Grecia durante toda la mitad del siglo XX. En 1913 también sería asesinado en Salónica el rey Jorge I de Grecia.

Durante la Primera Guerra Mundial, el gobierno provisional dirigido por Eleftherios Venizelos, partidario de los Aliados franceses y británicos, se estableció en la ciudad, en contra de los deseos del rey, Constantino I, de origen alemán y proneutral. El puerto se convirtió en una importante base de suministros para las tropas aliadas que operaban en Macedonia, y Grecia buscaba con este apoyo a los aliados compensaciones territoriales tras la guerra, algo que logró, en parte relativamente, pero no del todo.

En 1916, las nuevas fuerzas griegas ocuparon Salónica. Un año más tarde, en 1917, un enorme incendio destruyó toda la parte judía de la ciudad, así como treinta y cuatro sinagogas. El resultado fue que 73.448 personas quedaron sin hogar, de las que 53.537 eran judías. Los judíos fueron expulsados hacia las peores partes de la ciudad, hacia la periferia, y de la noche a la mañana la vida hebrea perdía toda su luminosidad. Ese mismo año se decretaban las primeras medidas antijudías en toda Grecia. En una ciudad donde la lengua franca era el judeoespañol o ladino, se respetaba el sabbath (el sábado religioso) y donde los judíos llevaban viviendo desde hacía siglos, las nuevas autoridades griegas decidieron acabar de un solo golpe con este espíritu tolerante y abierto.

Pero lo peor estaba por llegar. En 1923, y después de que una “aventura” militar griega por conquistar territorio turco fracasase, Atenas decide instalar en la ciudad a más de 100.000 helenos procedentes de Asia Menor con el fin de helenizar a la Salónica judía e invertir el censo demográfico a su favor. Por paradojas del destino, el hombre que había provocado esta derrota griega era el invicto general Atatürk, que como hemos dicho anteriormente había nacido en la ciudad en la que ahora indirectamente había provocado el final del sueño multiétnico.

Los turcos de Salónica, en un “juego” tristemente balcánico, fueron también expulsados, dejando atrás sus propiedades, viviendas, tierras y negocios. Nunca más volverían. Las mezquitas, siguiendo con las rancias tradiciones de la región, serían demolidas y destruidas para siempre; en su lugar se

construirían nuevos edificios y lugares para el culto ortodoxo, todo ello con el fin de exorcizar el “sacrilegio” de unos infieles que un día se atrevieron a conquistar el “sagrado suelo heleno”. El intercambio de poblaciones sellaba el final del sueño multiétnico en los Balcanes, como vemos mucho antes de la llegada de los Karadzic, Tudjman, Milosevic y los Mladic a la región.

Los años treinta, con la profusión de las ideas nacionalistas de marcado acento antisemita, no fueron fáciles para los judíos de Grecia, pero especialmente para los de Salónica. Los judíos eran acusados de no querer integrarse en la nueva nación; la difusión del comunismo y del sionismo entre los hebreos eran observados con la mayor sospecha. El gobierno griego adoptó una actitud ambivalente, practicando una política de apaciguamiento pero rehusando distanciarse claramente de estos los movimientos nacionalistas de carácter antisemita en la sociedad griega. Este fenómeno cristalizó en 1931 de una forma violenta, dando lugar en ese año al famoso pogromo de camp Campbell; un barrio judío fue enteramente incendiado, lo que dejó sin hogar a 500 familias, aunque sólo murió una persona. Varias decenas de tumbas del cementerio judío de Tesalónica fueron profanadas en esa ocasión. Los judíos de la ciudad comienzan a emigrar en masa hacia Israel y otros lugares más seguros (¿?).

El Holocausto

Luego llegaría el Holocausto, la destrucción programada de toda la vida judía en Europa Central y Oriental y los Balcanes, el drama de un pueblo condenado al exterminio por un nazismo que encontró en muchos de los gobiernos locales el apoyo, la colaboración e incluso la simpatía hacia su perversa ideología. Primero fue el saqueo de la ciudad, tal como acaeció en otras ciudades judías de Europa central, como en Cracovia o Varsovia, la destrucción de los tesoros artísticos, el pillaje de las joyerías y negocios de los hebreos... Corría el año 1941 y resultaba peligroso ser judío en aquella Europa de guerra, tiranía y desolación. La Europa de Hitler se construía sobre sangre hebrea.

“Los judíos de Salónica no estaban en 1941 en su mejor momento. A comienzos del siglo, antes de las guerras balcánicas,, eran el grupo mayoritario en una ciudad de judíos y turcos, y constituían un enclave sefardí en una zona que aún formaba parte del imperio otomano. Durante la Primera Guerra Mundial, bajo el gobierno griego, comenzó su decadencia. En 1917, un incendio destruyó la ciudad y los judíos se quedaron literalmente sin hogar. Durante los años siguientes se produjeron muchas expropiaciones de terrenos privados para la reconstrucción, y a los propietarios les pagaron con moneda devaluada. Un intercambio de población con Turquía dio como resultado un éxodo de los turcos de la ciudad y una entrada de griegos procedentes de Asia Menor. Se produjeron episodios antisemitas y miles de judíos, entre ellos profesionales liberales y trabajadores cualificados, emigraron a Palestina y a otras partes. Esta comunidad reducida se convirtió en el primera blanco del asalto alemán”, escribía Raul Hiberger en su monumental obra *La destrucción de los judíos europeos*.

Según la biblioteca del Holocausto del Museo Memorial de Washington, “el 11 de julio de 1942, 9.000 varones judíos de 18 a 45 años de edad fueron forzados a congregarse en la Plaza de la Libertad (Plateia Eleftheria), la principal de la ciudad. Alrededor de 2.000 fueron enviados a realizar trabajos forzados para el ejército alemán. Hasta octubre de ese año, 250 habían muerto. El resto de los hombres fue devuelto a sus casas a cambio de un rescate entregado al Dr. Maximilian Merton, asesor de la administración militar alemana en Macedonia. Las comunidades judías de Salónica y Atenas pagaron una parte del rescate, el resto provino de la transferencia del cementerio judío de Salónica (de al menos 500 años de antigüedad) a la municipalidad de la ciudad, que utilizó las lápidas como material de construcción. Posteriormente se construiría una universidad sobre las ruinas

del cementerio”.(Fuente citada y consultada:<https://www.yadvashem.org/es/holocaust/encyclopedia/salonica.html>).

Más tarde de esa fecha se fueron concretando esos planes siniestros, tal como relatan las páginas del Museo Yad Vashem:”En diciembre de 1942 se estableció un Judenrat. El Dr. Zvi Koretz, Gran Rabino de Salónica, fue designado presidente del mismo y representó a la comunidad en las negociaciones con Dieter Wisliceny y Alois Brunner, los oficiales de las SS enviados por Adolf Eichmann en febrero de 1943 para supervisar la deportación de los judíos de Salónica. Los investigadores disienten en la evaluación de su desempeño como líder del Judenrat”. (Fuente citada y consultada: <https://www.yadvashem.org/es/holocaust/encyclopedia/salonica.html>). Sin embargo, cada vez parece aceptarse más el consenso entre los historiadores sobre que los líderes judíos de la comunidad aceptaron la deportación como un “mal menor” y engañados por las autoridades nazis, enviando a miles de judíos a los campos de la muerte.

“A partir del 8 de febrero de 1943, Merton difundió diversos decretos que ponían en vigencia las Leyes de Núremberg. Los judíos fueron confinados en un gueto en el barrio Barón Hirsch de la ciudad, situado cerca de la estación ferroviaria, como etapa previa a la deportación. Entre el 20 de marzo y el 18 de agosto de 1943 llegaron a Auschwitz-Birkenau alrededor de 20 transportes con 43.850 judíos de Salónica y la mayoría fue inmediatamente gaseada. De los 1.200 que sobrevivieron las primeras selecciones, la mayor parte murió posteriormente. Algunas de las mujeres fueron utilizadas como conejillos de Indias en experimentos médicos pseudo-científicos de esterilización. El rabino Koretz, el Judenrat y la policía judía fueron deportados en agosto a Bergen-Belsen”, siguen señalando las páginas del Yad Vashem, aunque difieren de la obra, casi enciclopédica *La destrucción de los judíos europeos*, de Raul Hiberger, que elevaría la cifra hasta casi los 55.000 judíos. Cifras aparte y discusiones al margen, la destrucción de la vida sefardí fue brutal y vertiginosa en Salónica.



“De todas las ciudades europeas ocupadas por los nazis -se refiere a los Balcanes-, Salónica fue la que más víctimas judías registró: de una población de 56.000 personas, 54.050 fueron exterminadas

en Auschwitz, Bikernau y Bergen-Belsen. El éxito del hostigamiento y deportación de los judíos de Salónica hizo odioso a Adolf Eichmann. A principios de los años noventa, el mundialmente buscado criminal superviviente nazi, Alois Brunner (austriaco, como Eichmann), fue detenido en su escondite sirio específicamente por sus crímenes en Salónica”, escribía el norteamericano Kaplan al referirse a los sucesos acaecidos en esta ciudad griega.



Memorial construido en recuerdo de las víctimas del Holocausto en el lugar donde estaba el cementerio destruido.

Sólo se salvaron, paradójicamente, aquellos que tenía pasaporte español, otorgado, a través de un decreto por el dictador Primo Rivera:”Algunos judíos de Salónica se salvaron: los que poseían pasaportes españoles, italianos, turcos o de otras nacionalidades. 367 personas que recibieron la ciudadanía española y que llegaron a España vía Bergen-Belsen y los pocos centenares ayudados por el gobierno de Italia a escapar al territorio bajo su ocupación o que recibieron ciudadanía italiana, lo cual generó un conflicto entre los italianos y sus aliados alemanes. Además, algunos judíos de Salónica lograron llegar a la tierra de Israel (Palestina) con la ayuda de los partisanos”.(Fuente citada y consultada:<https://www.yadvashem.org/es/holocaust/encyclopedia/salonica.html>).

El gran escritor Joseph Pla, autor del excelente libro *Israel, 1957*, donde cuenta sus experiencias y vivencias de un viaje que al autor realizó al Estado judío en el año que da título el libro, cuenta del drama padecido por la ciudad de Salónica. “Está claro que Salónica era una especie de capital de lo sefardí: el grupo era rico; el Gobierno turco, tolerante; los rabinistas, inteligentes y tradicionalistas. En los presentes días, sin embargo, Salónica, como núcleo importante de la diáspora, ya no existe; 75.000 judíos de Salónica, que hablaban ladino, fueron ignominiosamente asesinados por la Gestapo durante la ocupación de Grecia por los ejércitos alemanes. El hecho ha sido un golpe mortal a la vieja lengua que los judíos se llevaron de nuestro país a consecuencia del decreto de

expulsión del siglo XV”, señalaba Pla en este libro que es un alegato en favor del Estado de Israel y de la tradicional amistad hispano-judía.



La vida judía de Salónica había sido borrada del mapa para siempre. Sinagogas, escuelas talmúdicas, cementerios, negocios rituales, junto a miles de propiedades y viviendas, desaparecerían para siempre. El cementerio judío más grande del mundo, el de la ciudad, con casi 500.000 tumbas, sería destruido. Sus bellas lápidas, como si los muertos merecieran ser también humillados, destruidas. Pese al drama vivido, pese a la dura catástrofe padecida por la ciudad, el tradicional antisemitismo heleno ha impedido que hoy en la ciudad haya algún monumento o alguna placa que recuerde el sufrimiento padecido por estos judíos. La mala conciencia, al igual que ocurre en la colaboracionista Rumania de la guerra, ha impedido que las autoridades griegas hayan practicado un mero ejercicio de catarsis y reconocido su elevado grado de participación en los tristes acontecimientos acaecidos. Nadie en la Grecia de hoy recuerda y reconoce a las víctimas de este sangriento episodio, de este “mero detalle” a pie de página en los libros de historia de Grecia.

De todas estas cosas, junto con su rico pasado otomano, ya se habían olvidado en la dinámica y vital Salónica de los años 50 y 60. El pasado, al menos en los Balcanes, siempre se puede reventar como en un juego borgiano. Luego llegaría la transformación de la ciudad en la gran urbe que es hoy. La ciudad crecería en la periferia y cambiaría en su casco histórico, mientras Grecia vivía profundas turbulencias políticas y sociales. Tras la guerra, en el primer censo realizado en Salónica, había censados 1.758 hebreos siendo la segunda comunidad judía más numerosa de Grecia. De los 77.000 judíos que había en Grecia antes de la Segunda Guerra Mundial solamente sobrevivieron 11.000 al Holocausto y a las persecuciones desatadas por los alemanes.

De los años cincuenta del siglo pasado hasta ahora

La grave crisis política que padece el país desde los años 50 hasta bien entrados los 60 provoca el golpe de Estado de los coroneles en 1967. Secundado inicialmente por el rey, el jefe de Estado

acaba siendo finalmente víctima del mismo, termina exiliándose y concluye con un referéndum sobre la cuestión monárquica que acaba con la institución. La dictadura, que cayó en 1974 tras propiciar el derrocamiento de Makarios en Chipre y la consiguiente ocupación de la isla por los turcos, terminó con todos los coroneles golpistas en la cárcel, con el rey en el exilio y el regreso, en lora de multitudes, del depuesto Constantino Karamanlis.

A pesar de esta acusada tendencia a la inestabilidad, la ciudad de Salónica siguió creciendo, modernizó su puerto, comenzó a recibir a los primeros turistas y abrió sus primeros museos. Hoy, por poner tan sólo algunos ejemplos, la ciudad posee una buena nómina de atractivas colecciones artísticas y museos: el de Arqueología, en la plaza de Janz, donde se exponen numerosas esculturas de las épocas arcaica, clásica y romana, destacando entre sus obras los hallazgos de Vergina; el Etnográfico y el Etnológico, también en el centro, con objetos de los 250 últimos años de la historia de Grecia; el de la Lucha Macedónica, donde se pretende reinventar la historia de lo acaecido en esta región y de los supuestos derechos históricos de los griegos con respecto a la tierra macedonia a través de una colección de objetos y documentos de lo ocurrido y sucedido entre los años 1878 y 1912; el de la Torre Blanca, una buena y didáctica exposición sobre el arte y la pintura de la Salónica bizantina desde el año 300 d.C. hasta el 1430; la famosa Pinacoteca, donde se exponen los más importantes cuadros de los pintores griegos y extranjeros que posee la ciudad, y en cuyo edificio se alberga el Teatro Clásico de Salónica; la coqueta y bien dotada Pinacoteca Municipal; el Museo de la Cripta de la Iglesia de san Dimitrios; la Pinacoteca de la Sociedad de Estudios Macedónicos; el Centro Cultural de la Grecia del Norte; el Centro Macedónico de Arte Contemporáneo, donde se pueden ver las obras y pinturas de los artistas locales de hoy; el Museo Técnico de Salónica; y también hay dos conservatorios, varios teatros, institutos de investigación universitarios, orquestas y numerosos centros e instituciones culturales privados y estatales.

De la misma forma que la vida cultural se ha desarrollado mucho en los últimos treinta años, sobre todo después de la desaparición de la dictadura, la llegada del turismo provocó el “descubrimiento” de las playas en la ciudad y sus alrededores, entre las que destacan Aretsú Perea, Nei Epivates, Ayía Triada, Nea Mijaniona, Epanomí, Nea Krini y Asprovalta. Sin embargo, el desarrollismo de los 70 y los 80, consolidado sobre todo después de la entrada de Grecia en la Unión Europea (UE), en 1979, no tuvo su traducción en una racionalización de los políticos, sino en más bien lo contrario.

La década de los 80 estuvo caracterizada por una corrupción galopante, un estilo político caudillista y neo nacionalista de la mano del socialista Papandreu, una política agresiva y belicosa hacia sus vecinos y una pérdida de grandes oportunidades por las nuevas autoridades griegas, que recibían en aquellos días dinero a raudales procedente de los fondos de cohesión de la UE. Salónica, por su parte, en aquel período era una de las ciudades más abiertas y cosmopolitas del país, tal como destaca en su libro *Los griegos* el periodista británico James Pettifer. En un país cerrado, represivo en los ámbitos referidos a la igualdad de géneros y la libertad sexual, Salónica era una suerte de pequeño espacio para las libertades y la libre expresión. Pese a que la ciudad no recibía tanto turismo como Atenas y otras ciudades griegas, en los quioscos de Salónica no resultaba difícil encontrar pornografía y publicaciones prohibidas en otras ciudades griegas; también las mujeres de la urbe tenían fama de ser de las más emancipadas de toda Grecia. El peso de una obsesiva iglesia ortodoxa, que pretende controlar todos los hábitos y usos sociales, ha determinado esta tendencia al conservadurismo en la sociedad griega, así como un excesivo protagonismo del hecho religioso en la vida política del país.

Además, Papandreu, un líder populista y nacionalista que no desdeñaba el utilizar la religión y el tradicional machismo griego como banderas de enganche para la movilización electoral, invocó a los fantasmas del pasado y revitalizó un discurso en política exterior que demonizaba a los turcos, legitimaba el antiamericanismo y no desdeñaba las relaciones con el difunto bloque comunista. Aunque resulte paradójico y anacrónico en estos tiempos, en las carnes de identidad de Grecia seguía y sigue figurando la confesión religiosa y el divorcio y el aborto parecían asignaturas insuperables en la vida social helena. Todo ello mientras el primer ministro se veía envuelto en una serie de escándalos e historias amorosas bien aireadas por la prensa rosa griega y extranjera.

Este ambiente, poco propicio para modernizar la vida social, administrativa y económica del país, generó una grave crisis política a finales de los 80 y principios de los 90, que incluso llegó a provocar una alianza contra natura entre comunistas y derechistas para sustituir a los socialistas al frente de sus responsabilidades de gobierno. Hasta la desaparición física de Papandreu, en la década de los 90, la situación política no se normalizó, si bien el país tuvo una sucesión de gobiernos cortos e infuncionales, padeció el azote del terrorismo, la crisis económica golpeó con fuerzas a los sectores más necesitados y Atenas perdió peso específico en Europa.

Para algunos analistas griegos y extranjeros, la inercia de una cultura oriental y balcánica en la vida política helena explicaría esta disfunción entre este país situado en Europa y ligado al mundo occidental y un funcionamiento deficiente de su Estado y administración. Los griegos, que relacionan este acontecer a un pasado oriental heredado y condicionado por la presencia durante siglos de los otomanos, parecen vivir ajenos a estos problemas y sus comportamientos son muy parecidos a los del resto de los pueblos mediterráneos. Los griegos son, y lo digo a título personal, es uno de los pueblos más parecidos a los españoles. Tras los perdidos años noventa, llegarían una sucesión de gobiernos conservadores, socialistas e incluso izquierdistas al estilo de Podemos y Papandreu, ya fallecido entonces pero que dejó al frente del mítico Pasok a su hijo Yorgos Panandreu, se convertiría casi en un líder mítico, carismático y funcional al lado de que estaba por llegar, que sería un absoluto desastre.

“La Grecia moderna...cuando empieza a cantar...rompe cualquier resto de la lógica griega; de pronto el Oriente, oscuro y misterioso, surge de su interior”, escribió el gran escritor griego Kazantzakis. Luego la herencia sefardí de Salónica nos acerca más Grecia a nuestros corazones. Nos acerca más a ese largo viaje involuntario que iniciaron un grupo de judeoespañoles allá por el año 1492.

Sobre los judíos tras la Segunda Guerra Mundial, y ya enfrascados en la Guerra Civil Griega, nos cuenta el Yad Vashem que “Centenares de judíos de Salónica sobrevivieron los campos de exterminio y de trabajo. Después de la guerra, muchos de ellos retornaron a la ciudad junto con quienes se habían ocultado en las montañas y los que se habían unido a los partisanos. En 1945 había 1.950 judíos en Salónica. Durante la guerra civil griega en los años siguientes, muchos de ellos, atacados como «comunistas», emigraron a Israel, Estados Unidos y Sudamérica”. Según datos de la comunidad judía local, hoy habría en la urbe unos 1.300 judíos.

Salónica, urbe mediterránea por los cuatro costados y bajo poder otomano durante más tiempo que el resto del país, es una buena demostración de todo una gran cultura multiétnica y de ese mosaico de culturas al que nos hemos referido. “Repleta de restos de un pasado romano, bizantino, sefardí y otomano, la ciudad es un buen teatro de todo este reino de la oscuridad, el misterio, la tristeza y la irracionalidad”, como escribiría Kaplan, y un buen centro para entender el inevitable encuentro, a veces violento, entre el Oriente y Occidente.

Desde Salónica, para no olvidar donde estamos, ya nos encontramos a tan sólo unas horas de Estambul, la capital desde donde se inició la primera gran aventura para conquistar y dominar estos Balcanes indómitos y misteriosos que cautivaron desde Byron hasta Yourcenar. La vieja Grecia, la de Homero, Platón y Aristóteles, está plagada, como vemos, de paradojas y grandes pasiones. Nuestra herencia sefardí allá surca las mismas y las impregna de nuestra esencia. Sin ellas, sin los frutos de sus contradicciones y desamores, resulta muy difícil entender a esta región y a los griegos. Luego esta esencia, no lo olvidemos, habla judeoespañol. Y es que Salónica, como trozo de nuestro espíritu e identidad, es parte de la patria hispana que nos habla desde tiempo pretéritos y para la eternidad.

BIBLIOGRAFÍA BASICA SOBRE EL HOLOCAUSTO

- ALLEN, M., El enigma Hess, Barcelona, 2003.
- ARENDT, H., Eichmann en Jerusalén, Barcelona, 2005.
- BARTOV, O., Borrados, Buenos Aires, Malpaso, 2017.
- BULLOCK, A., Hitler y Stalin, Barcelona, 1994.
- BULLOCK, A. Hitler. Barcelona, 1962.
- BORWICZ, M., El gueto de Varsovia, Barcelona, 1992.
- COLLOTI, E., La Alemania nazi, Madrid, 1972.
- EVANS, R., El Tercer Reich en el poder, Barcelona, 2007.
- GALLEGO, F., De Munich a Auschwitz, Barcelona, 2006.
- GELLATELY, R., No sólo Hitler, Barcelona, 2002.
- GILBERT, M., La noche de los cuchillos largos, Salamanca, Siglo XXI, 2008.
- GOLDHAGEN, D.J., Los verdugos voluntarios de Hitler, Madrid, 2008.
- GRYNBERG, M: Voces del gueto de Varsovia, Barcelona, 2004.
- GROSS, J.T, Vecinos, Barcelona, Planeta, 2016.
- GRANZOW DE LA CERDA, C: El drama de Varsovia (1939-1944), Barcelona, Espasa, 2020.
- HAFFNER, S., Alemania: Jekyll y Hide, Barcelona, 2005.
- HEGER, H., Los hombres del triángulo rosa, Madrid, 2002.
- HILBERG, R., La destrucción de los judíos europeos, Madrid, 2005.
- HITLER, A., Mi lucha, Barcelona, 1995.
- KERSHAW, I., Hitler, los alemanes y la solución final, Madrid, 2009.
- KERSHAW, I., El mito de Hitler, Barcelona, 2003.
- KUBIZEK, A., Adolfo Hitler, mi amigo de juventud, Bogotá, 2002.
- DWORK, D. y JAN VAN PELT, R., Holocausto. Una historia, Madrid, 2004.
- MACHTAN, L., El secreto de Hitler, Barcelona, 2001.
- JOFFO, J., Las canicas, Barcelona, 2004.
- JOHSON, E.A, El terror nazi, Barcelona, 2002.
- KAPLAN, R.D., Fantasmas balcánicos, Madrid, 1993.
- KLIMA, I., El espíritu de Praga, Barcelona, 2010.
- KERTÉSZ, I.: Sin destino, Barcelona, 2001.
- LEVI, P., Liquidación, Madrid, 2005
- LEVI, P., La tregua, Barcelona, 1988.
- LOWITH, K.: Mi vida en Alemania antes y después de 1933, Madrid, 1993.
- MADRIDEJOS, M., Un cáncer llamado nazismo, Barcelona, 1975.
- MORADIELLOS, E., La semilla de la barbarie. Antisemitismo y Holocausto, Barcelona, Península, 2009.
- NEUMANN, F., Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo, México, 1943.
- REES, L., Auschwitz, Barcelona, 2005.
- REES, L., Auschwitz. Los nazis y la solución final, Barcelona, 2005.
- REES, L, El Holocausto, Barcelona, 2017.
- RIEDL, J., Viena infame y genial, Madrid, 1995.
- SATARGRDT, N., La guerra alemana, Barcelona, 2016.
- STEIGMANN-GALL, R. El Reich Sagrado, Madrid, 2007.
- TONYBEE, Arnold., La Europa de Hitler, Madrid, 1985.
- TORRES, M, Hitler, a la nueva luz de la clásica y moderna psicología, Bogotá, 2006.
- VIDAL, C., El Holocausto, Madrid, 2004.

